

No rendirá mi esfuerzo ni mis bríos;
«Voy á dar ocasion en que desfogue
Su brutal furia tu animal bravío.»
Asómbrete mi accion, de ella colige
Si es cobarde Guzman, y si has creído
Que intimidarle era posible, pierde
Toda esperanza ya. «Echa, maligno,
Echa de ese toril, sin más tardanza,
El feroz animal, el más temido
De valiente andaluz»; y porque veas
Que nada en mi defensa necesito,
Y temas mi valor, toma en respuesta
«El estoque y pañuelo que te tiro.»

(Arroja el pañuelo y el estoque del muro al campo; luego, al són de un adagio lento, baja algunos escalones, desalentado, con muestras de horror, y sin osar pasar más adelante, prosigue, desde una altura conveniente á su seguridad, variando de tonos, según los diferentes grados de miedo ó de valor que le ocasiona su locura y expresa: en los versos.)

Echada está la suerte... ¡Ahora tiemblo!
¡Con razon, aunque tarde, me horrorizo!
¡Cómo! un pavor... (no lo creyera) un pasmo...
¡No soy dueño de mí!... ¿quién me da auxilio?

(Cobrando aliento.)

¡Tanto vigor, y ahora tal flaqueza?
¡Me pesa de mi arresto? No; le admiro (1),

(1) Hé aquí estos periodos en el soliloquio de Iriarte:

«Me pesa de mi arresto? No; le admiro,
Le apruebo, y muy de veras... mas ¡soy padre!
(No he dicho bien; lo fui; ¿por qué reprimo
El justo llanto? Con la sangre cumplo
Mi amor; que con la patria ya he cumplido.»

Ocasion era ésta de admirar él mismo lo bien que habia cumplido. Tenia razon el Confutator en decir que el Guzman de Iriarte era un fanfarron, que sacrificaba su hijo á la vanidad.

Lo apruebo, y muy de veras. «Soy torero;
No digo bien, lo fui; que desde niño
Todo español que con su sangre cumpla,
Ha de ser con los toros atrevido.
Pero ¡qué impulso es éste que me lleva
Hacia el muro? Tal vez estará listo
Para salir el arrogante toro.»
No sosiego hasta verle; yo me animo,
Apúrese el veneno.

(Vuelve á subir las gradas que bajó, entre tanto que la orquesta toca un *tango* muy triste con sordinas y flautas; desde allí, con los más expresivos indicios de miedo, observa lo que pasa en el toril. Baja algunos escalones atónito, y cubriéndose los ojos con ambas manos, déjase caer en uno de ellos, como postrado de la congoja, y con voz angustiada y palabras interrumpidas dice, acompañándose de la música.)

«¡Atroz brutazo!»

¡Curiosidad funesta! ¡Ay! ¿Qué he visto?
«¡Qué montaña de carne! ¡Qué fiereza!
¡Qué frente tan rizada! ¡Qué bufidos!
¡Cómo escarba la tierra! ¡Qué lomazos!
¡Qué ojos de Satanás! ¡Qué cerviguillo!
¡Qué par de horribles cuernos aguzados!
Yo los vi; sí, señores, ¡y aún respiro?
Esto ya no es vivir, Guzman cobarde,
Que tan de lleno el miedo te ha cogido;
Pide á nuestros dramáticos poetas
Que aspiren á ser gente de juicio;
No imiten Pigmaliones ni Guzmanes;
Que al que charlaba á solas en lo antiguo,
Luego que llegó el diálogo á la escena,
Lo arrojó del teatro, corregido.»

(Con acento y ademanes de desmayo.)

Y que (la voz me falta) ¡oh teatro! ¡oh teatro!
Cedo al dolor de ver tus autorcillos.»

(Cae el telon.)

FIN DE LAS POESÍAS DE DON FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

Distinguióse el último tercio del siglo próximo pasado por el notable movimiento literario que se desarrolló, no sólo en la capital de la monarquía, sino tambien en otros puntos del reino, figurando entre ellos en primera linea la ilustre ciudad de Salamanca; que si es cierto que sus sabios no brillaban en los consejos de Europa, por haber descendido España del elevado rango que alcanzó en tiempos mejores, cuando era árbitra de los destinos del mundo, no lo es ménos que desde los últimos albores del siglo de oro de nuestra literatura, nunca hasta entónces habian resonado en las riberas del Tórmes acentos tan dignos del Parnaso castellano, y que recordaban sus dias más venturosos. Huella profundísima ha dejado en la historia literaria del siglo XVIII la célebre escuela poética salmantina, de la que fué fundador el coronel don José Cadalso, muerto gloriosamente en Gibraltar, y memorable, más que por el valor de sus escritos, por ser docto y feliz maestro de Melendez Valdés, que á su vez lo fué del grandilocuente Quintana y del elegante y castizo Gallego, principal ornamento los tres de su escuela, y á cuyo lado figuran, entre otros, aunque con diferentes merecimientos, fray Diego Gonzalez, don Nicasio Alvarez de Cienfuegos y DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA, objeto de este artículo.

Pocas líneas consagró á su biografía el primer editor de sus obras; y esta sensible brevedad ha motivado que hasta hoy no se haya sabido con seguridad más que el lugar de su naturaleza y la fecha de su muerte, pues tambien se ha incurrido en error en la que se fijó el año de su nacimiento. Pero entre el riquísimo caudal de noticias y documentos inéditos que para escribir la historia de Salamanca reunió con admirable constancia el escribano DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA, hermano mayor del poeta, hemos tenido la fortuna de hallar unas ligeras pero estimables noticias biográficas, escritas por el mismo diligentísimo compilador, que en tan ventajosa situacion se encontraba para darlas verídicas. Ellas nos han servido de guía para hallar las partidas de bautismo y defuncion de nuestro autor, como asimismo su testamento. Con tan fehacientes testimonios é irrecusables noticias, y las que nos suministren las mismas obras del moderno Marcial, trazaremos una breve reseña de su corta y no agitada existencia.

Nació DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA en Salamanca, el juéves 31 de Octubre de 1748, y el 17 de Noviembre fué bautizado en San Martín, por su párroco don José Rodrigo Tesso; siendo su padrino su tío segundo don José Alonso. Fueron sus padres José Iglesias Barrantes, natural de la parroquia de Santa María de la ciudad de Trujillo, y Teresa de la Casa, de la parroquia de San Julian y Santa Basilisa, de Salamanca; «ambos de noble linaje, aunque la pobreza les constituyó en estado humilde», como dice el hermano del poeta (1).

Segun el mismo, estudió su ilustre hermano «humanidades y teología en esta universidad, y se distinguió entre los profesores de su tiempo, que admiraban su raro y peregrino ingenio. Dedicóse á la poesía, y fué muy versado en las letras sagradas, en que hizo profundo estudio. Al mismo tiempo fué diestro músico, tuvo mucha invencion en el dibujo, y fué buen escultor en

(1) Fueron sus abuelos paternos Francisco Iglesias, natural de Montehermoso, obispado de Coria, y María de Rivas, de la villa de Zarzaquemada, del mismo obispado; y sus abuelos maternos, Blas de la Casa, de la villa de Frias, en las montañas, y An-

tonia Alonso, natural de la parroquia de San Julian y Santa Basilisa de Salamanca. (Véase el libro de bautizados de la parroquia de San Martín, folio 44, que principia el 1.º de Marzo de 1744 y concluye el 30 de Mayo de 1784.)

plata, como lo demuestran varias obras que hizo, y entre ellas una pieza de la creacion del mundo y pasajes principales de la Escritura, que consta de setenta y dos figuras de medio relieve y existe en poder del autor. En el año de 1783 se ordenó en Madrid de presbítero, y conociendo su mérito don Felipe Bertran, obispo de Salamanca, inquisidor general, le dió el beneficio de Latorrigo y Carabias, y despues el de Carbajosa y Santa Marta; cuyas iglesias rigió como buen párroco, expendiendo con liberalidad la mayor parte de las rentas en alivio de sus feligreses. Las continuas enfermedades que padeció, ocasionadas del demasiado estudio, y su temprana muerte, privaron al público de muchas buenas producciones que se esperaban de su aplicacion y talento. A esto se reducen las noticias del poeta, escritas por su hermano. Deducimos de ellas que su instruccion no fué tan escasa como supone Quintana (*Poesías selectas*, pág. 420; París, 1838). *Ingenioso é instruido*, le llama don Antonio Alcalá Galiano, en la leccion xxii de su *Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana*, pág. 381; Madrid, 1845; y Ticknor, en la *Historia de la literatura española*, pág. 93, tit. iv, Madrid, 1857, dice que recibió su educacion bajo los más favorables auspicios.

Continuas fueron, como hemos visto, sus enfermedades, y ya le aquejaba la que acortó prematuramente su vida, cuando, pocos meses antes de su muerte, publicó el poema de *La Teología*, en cuyo prólogo disculpa el escaso mérito de la obra, «ya porque su talento no es de los más grandes, ya por lo poco que le favorece su incómoda situacion.» El editor salmantino dice que su última enfermedad fué larga y penosa, pero sin que nunca alterase la serenidad de su ánimo. No hallándose todavía en cama, otorgó su testamento, el 19 de Agosto de 1791, ante Felipe Santiago Bartolomé, y el 26 del mismo mes murió, á los cuarenta y dos años y nueve meses de edad, en casa de su hermano don José. El mismo día fué enterrado en San Martín, según él habia dispuesto, con el hábito de Nuestra Señora del Carmen, de cuya venerable orden tercera fué hermano profeso. Cuando acaeció su muerte era párroco de Carbajosa de la Sagrada, aldea á una legua escasa de Salamanca. Nombró por sus herederos á sus hermanos don José, doña Rita y doña Juana, mujer aquélla del librero don Francisco Tojar, y ésta del doctor don José Pando y Huelga, el cual casó despues en segundas nupcias con una dama de elevada cuna. Legó á éste las obras que eligiese de entre sus libros, y á Tojar unos manuscritos de diversos asuntos, de que, según dice, ya estaba enterado; que indudablemente serian los de las poesías, cuya primera edicion hizo en 1795, y repitió, considerablemente aumentada, en 1798. Y á su hermano don José le legó varios documentos de devocion, que él sabía, como expresa el testador; cuyos manuscritos, según hemos oido, muerto que hubo el legatario, dió ó vendió, entre otros papeles, su sucesor, á un confitero. Ignoramos si así fué; lo que sí es cierto, que de los referidos manuscritos hoy no tenemos noticia. Pérdida sensible, pues tal vez contendrian algunas obras originales del autor. De entre estos manuscritos debieron tomarse los *Himnos*, sacados del *Rezo eclesiástico inédito* de IGLESIAS. Fueron publicados en el *Semanario de Salamanca*, en los números correspondientes al 24 de Diciembre de 1795, al de igual fecha de 1796 y al del 22 de Abril de 1797. Ignoramos si en dicho periódico se publicaron más, por hallarse incompleta la coleccion del *Semanario* que hemos visto.

¿Fué el padre de IGLESIAS artífice platero, como el de su célebre paisano el músico Doyagüe? Así lo creemos, no sólo porque la fortuna le constituyó en estado inferior á su noble linaje, sino tambien por la destreza que en tal arte alcanzó su hijo, superior á la que suele lograr un simple aficionado, y que acaso adquiriria al lado de su padre. ¿Y quién sabe si IGLESIAS ejerceria esta profesion hasta los treinta y cinco años, época en que recibió las sagradas órdenes? Nosotros creemos que no tuvo carrera literaria con que poder atender á su subsistencia, pues aunque, según nos dice su hermano, estudió teología, no indica que recibiese en dicha facultad grado alguno; y él, en el poema de *La Teología*, sólo se titula presbítero, y en el de *La Niñez laureada*, que publicó cinco años antes que el anterior, se denomina teólogo, presbítero, y natural parece que si hubiese tenido algun grado académico en teología, lo expresase así. En el testamento no se le dan otros títulos que el de presbítero, beneficiado, cura rector de Carbajosa de la Sagrada; conjeturas más ó menos fundadas, y á las que cada cual puede dar el valor que juzgue conveniente.

La casa en que falleció IGLESIAS se halla situada en la Plaza Mayor de Salamanca, señalada hoy con el número 19, y hace esquina al arco llamado del Toril; su puerta accesoria da salida á la plazuela de la Lonja, que ahora se denomina plazuela del poeta IGLESIAS DE LA CASA. Justo aunque modesto homenaje rendido á su memoria.

No conservamos noticia que durante su vida publicase más obras que los dos poemas mencionados, no incluidos nunca en la coleccion de sus poesías; reducido el de *La Niñez laureada* (1) á un solo canto en loor del salmantino don Juan Picornell y Obispo, que á la edad de tres años seis meses y veinte y cuatro días fué examinado públicamente por los doctores y maestros de la universidad de Salamanca, en una de sus aulas, el día 3 de Abril de 1785. Suceso tan extraordinario entusiasmó al *humilde cisne del Tórmes*, que escribió el poema en el mes que se verificó el exámen, como él mismo dice en la estrofa siguiente:

Antes que el rubio sol con rayos de oro
En este mismo Abril abra las flores,
Bañando de fecundos resplandores
Los bellos cuernos del celeste toro;
En su laud sonoro
Saldrá á la márgen de su patrio Tórmes,
Con acentos conformes
Su humilde cisne, que en ligera pluma
Hará de tus prodigios grata suma.

Hácese en el poema la descripcion del exámen, y está escrito con la correccion y pureza de lenguaje que eran habituales al autor; siendo, bajo otros conceptos, escaso su valor literario, como sucede al de *La Teología* (2), que compuso por divertir unos ocios que tal vez no podria evitar de otra manera. Consta de ocho discursos y uno de introduccion; pensaba escribir una segunda parte, pero no pudo realizarlo por su temprana muerte. Es, si cabe, inferior al de *La Niñez laureada*; pues IGLESIAS generalmente es trivial y desmayado en las poesías serias, en las que carece de elevacion y brío, como en sus églogas y romances, que, sobre ser monótonos, por no ofrecer novedad alguna, no hay en ellos cualidad que los haga estimables; llegando al colmo de la trivialidad sus canciones *Á la Soledad* y *Á la Vanidad terrena*.

Se ha dicho que IGLESIAS abandonó el género satírico desde que se ordenó de presbítero, ó sea durante los últimos siete años de su vida; así lo creemos, porque en este espacio de tiempo fué cuando publicó los poemas mencionados, y porque de sus mismas poesías se infiere que era muy jóven cuando escribía aquellos epigramas y letrillas en que habia de estribar su renombre literario. ¡Tan cierto es que las flores más espontáneas son las que en el Parnaso ostentan más lozanía! En comprobacion de los pocos años que tenía cuando escribió varias de sus producciones, copiaremos los siguientes versos:

Quando yo canto mis sales,
Muchacho ágil me resuelvo.

(EPIG. LXXVI.)

Óigame, que empiezo,
¡Hola! ¿con quién hablo?
Que niño arrapiezo,
Soy la piel del diablo.

(LET. I, SATÍRICAS.)

Musa, pues eres
De edad tan tierna,
Tú, que no puedes,
Llévame á cuestras.

(LET. X, SATÍR.)

Cúlpanme varios censores
Que un muchacho no es bien cante
En estilo mordicante
Ni acentos murmuradores...

(LET. XXIII, SATÍR.)

Ticknor, en el lugar arriba citado, dice que indignado IGLESIAS de la inmoralidad de su ciudad natal, se entregó á la sátira; afirmacion completamente gratuita, que nada hemos hallado que la justifique; por el contrario, hemos visto un minucioso extracto, que abraza casi todo el siglo próximo pasado, de las relaciones manuscritas de Peñas y Nuñez, en que día por día se apuntan los sucesos de nuestra ciudad, y aun muchos puramente privados; y aunque hallamos, sí, la variada trama de acontecimientos que constituyen la vida de un pueblo, no encontramos esa supuesta inmoralidad de que habla sin fundamento alguno el escritor anglo-americano. Parécenos que IGLESIAS no hizo más que seguir la índole de su ingenio, y que el alcance de su sátira no se li-

(1) Imprimióse, con las licencias necesarias, en Salamanca, año de 1785, en la oficina de la Santa Cruz, por Domingo Casero, precedido de un prólogo, y al fin con una curiosa nota biográfica del admirable niño, que en los días 7 y 11 de Marzo de 1787

volvió á sufrir otro exámen, cuyo programa poseemos.

(2) Consta de un tomo en 8.º, de 175 páginas; se imprimió por don Francisco Tojar, en Salamanca, año de 1790.

mitaba al estrecho recinto de su ciudad natal, como se patentiza con la lectura de algunos pasajes de sus letrillas:

*Siglo friolera,
Vi en atisbo ocioso;
Érase que se era
Un cuento gracioso.*

(LET. IV, SATÍR.)

*Este siglo es pasmo
De virtud extraña;
Eso es entusiasmo,
No es sino patraña.*

(LET. VI, SATÍR.)

*¡Qué enfermo y malo
Que se halla el mundo!
Quien no lo crea
Tómele el pulso.*

(LET. IX, SATÍR.)

*Una bola es este mundo,
Que harta está de mal rodar
Y los dos hemos de andar
A túndame que te tundo.*

(LET. XXV, SATÍR.)

*Yo quiero que sepa el mundo
Quién soy, y se desengañe;
Que el que las sabe las tañe.*

(LET. XXVIII, SATÍR.)

*Diz que de este inferior globo
La máquina está trocada;
No sé nada.*

(LET. XXXI, SATÍR.)

Quintana, en el artículo cuarto de su *Introducción á la poesía castellana del siglo XVIII*, hablando de IGLESIAS, dice en una nota: «Entre la confusión de papeles que dejó al morir, se encontraron centones de versos de diferentes poetas antiguos, unas veces descompuestos, otras literales, pero siempre combinados de manera que formasen un todo regular. De esta clase son algunas de sus odas, y la mayor parte de las villanescas de sus églogas y de sus idilios. Las principales fuentes donde bebía para este trabajo eran Balbuena y Quevedo. Ignórase el uso que pensaba hacer en adelante de estos estudios, y sus editores los publicaron conforme vinieron á sus manos. Lo más particular es, que en ellos lo raro y extraño de la ejecución no perjudica á la sencillez del pensamiento principal, ni á la regularidad del todo, ni á la gracia de las letrillas, ni al fuego y expresión melancólica de la oda y de los idilios.» Lo que prueba, no sólo el completo dominio que tenía de la lengua castellana, sino una prodigiosa facilidad para versificar. En las odas *Al Día* y *A la Noche*, y en el idilio *Al Desfallecimiento*, se hallan algunos versos de Balbuena, tomados de *El Bernardo*, copioso aunque informe tesoro de poesía.

Como escritor epigramático, DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA no tiene rival en nuestra lengua, y hechiza, no sólo por lo agudo del pensamiento, sino por la inimitable facilidad y soltura en la expresión; cualidades que también resaltan en las letrillas satíricas, donde cada estrofa es un epigrama. Quintana le reconoce para estos géneros un mérito eminente, que no cede sino á Quevedo, de quien dice que, si no tiene el raudal y la vivacidad, tampoco presenta el mal gusto y las extravagancias. Es cierto que también carece de la acerba profundidad de Quevedo y la generosa abundancia de Góngora; pero no por eso deja de ser en ocasiones abundante y profundo. Profundísimo se manifiesta en el epigrama xx, cuyo último verso ha pasado á proverbio; verso admirable y que equivale á todo un poema, pues bajo aquél, al parecer chistoso y ligero pensamiento, se encierra la más profunda filosofía. ¡Quién, al leer aquella exclamación final, no recuerda algunas de sus ilusiones más halagüeñas, desvanecidas al descender de las regiones del espíritu al mundo material que nos rodea! Hay poetas á quienes el dolor arranca carcajadas en lugar de gemidos, y nosotros, cuando leemos algún escrito satírico, á través de su sonrisa, siempre creemos ver la huella de acerbísimos dolores. ¡Quién olvida á Quevedo y á Larra! Pero si fácil y festivo se muestra IGLESIAS en los epigramas y letrillas, es apasionado y melancólico en los idilios, en los que agrada hasta aquel amable abandono en la versificación. ¿Y á quién no enamora la cándida malicia de las villanescas? ¡Quién no se encanta con la vivacidad y galano donaire de *La rosa de Abril*, *La salida de Amarilis*, y la hechicera entonación de la anacreóntica viii digna del lírico de Teyo?

Además de las ediciones de Salamanca, se han hecho otras muchas de las poesías de nuestro autor; siendo las más conocidas las de Barcelona, de 1820 y 1837; la de París, de 1821; y la de Madrid, de 1840, en cuatro tomos en 16.º; en el último tomo de ésta se publicó un entremés titulado *El Pleito del cuerno*, que no creemos escribiese IGLESIAS, y además unos epigramas tomados del *Semanario pintoresco*, que á todas luces parecen de nuestro autor, como asimismo las demás poesías incluidas en el tomo iv, y que ya lo habían sido en la edición de Salamanca de 1798. Por apócrifas las tienen Ticknor ó sus anotadores; nosotros creemos lo contrario, pues para conven-

erse de su autenticidad, no se necesita un detenido exámen; tan grande es su semejanza con las reconocidas como de IGLESIAS, que basta leer, por ejemplo, el melancólico idilio primero del apéndice, para que se agolpen á nuestra memoria los de los tomos anteriores. Atendiendo, además, á que Tojar fué el editor de este apéndice, como también de otras poesías con que aumentó la segunda edición, queda completamente justificada su autenticidad. En esta edición manifestó que las traducciones de Horacio y otra de Safo no eran de IGLESIAS, á quien se atribuyeron por haber sido halladas entre sus papeles. Confesamos que sería grande nuestra sorpresa si algún día se descubriese el verdadero autor de las poesías del apéndice, en cuyo caso no vacilaríamos un solo instante en considerarlas como la mejor imitación que existe en castellano. Que estas poesías no se incluyesen en la edición príncipe, nada tiene de extraño, no sólo porque no llegarían á manos del editor todas las que circularon manuscritas en vida de IGLESIAS, sino porque tales omisiones casi siempre son inevitables en ediciones póstumas.

No habiendo publicado IGLESIAS, durante su vida, ninguna poesía satírica, se libró de los inconvenientes que por lo regular ocasiona este género de escritos; pero no se libró, en verdad, de que la edición de 1798 fuese prohibida por la Inquisición en el índice expurgatorio de 1803. Don Bartolomé Gallardo defendió en un folleto el libro prohibido; pero las especiales circunstancias del defensor, y lo violento de la defensa, fueron más bien perjudiciales que provechosas (1). Nosotros hemos oído, y lo reproducimos por lo que valer pueda, que la prohibición fué originada por un émulo de IGLESIAS, al que, si odió vivo, no perdonó muerto; ofendiéndole tal vez la gloria y popularidad que alcanzaban sus escritos. Tan cierto es que la envidia siempre sigue al genio, como la sombra al cuerpo.

Para completar cuantas noticias hemos podido adquirir acerca de IGLESIAS y sus obras, tenemos una verdadera satisfacción en anunciar que el excelentísimo señor don Leopoldo Augusto de Cueto, individuo de la Real Academia Española, va á publicar las poesías del escritor salmantino, con las de los poetas del siglo XVIII, en la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, glorioso monumento que el señor don Manuel Rivadeneyra levanta con plausible perseverancia á la literatura nacional. Salamanca, 1862.

MANUEL VILLAR Y MACÍAS.

ADICION Á LA ANTERIOR NOTICIA BIOGRAFICA.

En la biografía de DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA hicimos mención de un folleto publicado por don Francisco de Tojar, en defensa de las poesías póstumas de nuestro autor; vanas fueron nuestras diligencias para hacernos con el referido escrito, pero hoy podemos dar circunstanciadas noticias de él, gracias á la franca galantería de nuestro distinguido amigo y colaborador, doctor don Ramon Losada, pariente del poeta, que nos ha facilitado un ejemplar que perteneció al presbítero don Arcadio Iglesias, sobrino del escritor objeto de nuestras investigaciones. Titúlase el mencionado folleto: *Memoria en defensa de las poesías póstumas de DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA, presbítero; dirigido al Santo Tribunal de Valladolid, por don Francisco de Tojar*. Año de 1803. Está impreso por él mismo, con las licencias necesarias, y consta de veinte y una hojas en folio menor. Tojar comienza manifestando que el 24 de Mayo del expresado año se le notificó por el señor Lectoral de esta Iglesia de Salamanca, de orden del Santo Tribunal de Valladolid, suspendiese la tercera edición, que anunciaba en el prólogo de la segunda, de las poesías de IGLESIAS, y se le preguntaba quién era el dueño y editor de ellas. Por esta causa, Tojar presentó el escrito con que comienza el folleto, manifestando ser él el dueño y editor de las poesías, y pidiendo al mismo tiempo al Tribunal la aprobación para publicarlas con las correcciones que éste hiciese, y expresó que no había dado principio á la nueva edición, por estar solicitando en el Supremo Consejo de Castilla el privilegio exclusivo para que otros no las pudiesen reimprimir, como lo habían intentado. En vista de este escrito, fechado el 31 de Mayo de 1803, fué llamado Tojar el 17 de

(1) Un amigo nuestro recuerda haber visto en Zaragoza un folleto de más de cien páginas en folio, publicado por Tojar, en defensa de la segunda edición. Por esta ú otras causas la prohibición parece

que fué levantada. Si así sucedió, no creemos que este folleto sea el que escribió Gallardo, el cual fué rigurosamente prohibido.